

riosas piezas al estilo de Madera y Portugal, en una guitarra llamada *machete*, instrumento un tanto monótono y sordo, por desgracia. Todavía la historia del pianista, que ejecuta trozos de Chopin en los vasos y botellas, á talento perdido, por decirlo así.

Digamos aquí, entre paréntesis, que se ha sentido vivamente la ausencia de las balaikas rusas, que se han abstenido de concurrir.

Clase B.: címbalo húngaro.

1.<sup>a</sup> medalla, Tziga Janos; 2.<sup>a</sup>, los Kovacs, hermano y hermana. Danzas húngaras, ritmo endiablado, lluvia de notas, remolinos de arpegios, hormigueo en las piernas.

Clase C. He aquí el *naïou* rumano, una flauta de Pan (lo primitivo, en fin).

1.<sup>a</sup> medalla, Dinicou; 2.<sup>a</sup>, Cratchunesio. Un canto singular dulce y lento, no demasiado triste, soñador más bien, acompañado de dos violines y una *cobza*, especie de laúd primitivo. El canto se anima luego y se acentúa el movimiento, y he aquí un aire de danza con floreos y arabescos y puñados de notas cayendo como perlas. Es agradable y raro.

Finalmente, certamen de grupos. Premio 1.<sup>o</sup>, orquesta tzigana de Feher y Urban; 2.<sup>o</sup>, compañía de los *Lautares rumanos*; 3.<sup>o</sup>, orquesta de damas húngaras; 4.<sup>o</sup>, orquesta tzigana de Ferko Patikarus; diploma á la orquesta de los servios.

Ocioso fuera hablar de los tziganos que todos conocen y ha aplaudido muchas veces todo el mundo; sino que ese extremado movimiento de balanceo comienza á marear un poco, aunque los artistas, digámoslo otra vez más, tocan admirablemente. Ha habido, sobre todo, un solo de violín, que ha hecho esperar demasiado su cadencia final y la tónica de consuelo, que ha producido un efecto desagradable y un cosquilleo prolongado en demasía, más de lo que pueden tolerar los nervios.

Por fortuna los tziganos salen siempre bien del mal paso apelando á esa obra maestra que llaman la *Marcha de Racoksy*, que tocan con una maestría verdaderamente incontestable.

Los *Lautares* son menos arrebatadores; sin embargo, su música nacional tiene mucho carácter, con algo voluptuoso en el conjunto, sobre el cual sus sonoras flautas de Pan, tan originales de suyo, acentúan el canto.

Las damas húngaras (¡honor al bello sexo!) son verdaderamente pintorescas de traje, si no de música, lo mismo que los servios, rutilantes y suntuosos, que ejercen sus facultades en *tamburas*, instrumentos de cuerdas de todas dimensiones, que se tocan con plectro.



Srita. Amelia-Augusta de Acevedo, tocando la *machete*

En cuanto á Ferko Patikarus, ¿quién no lo conoce? A propósito. ¿Sabéis que *Ferko* significa simplemente *Francisco* y *Patikarus* *Boticario*? ¡Cómo transforman las cosas la lejanía del exotismo y la originalidad de las desinencias! ¡Si *Ferko Patikarus* se hubiera llamado simplemente Francisco el Boticario!... ¡Pardiez!

En pocas palabras: una lluvia de medallas y diplomas, que nadie piensa en devolver al jurado. La palabra *pintorescos*, añadida á su título principal, no ha transformado á estos músicos en pintores. Parten satisfechos y volverán al suelo natal con el justo orgullo de haber obtenido también ellos su triunfo en la triunfal Exposición.

Respecto á los parisienses, si su oído no ha hecho su educación definitiva, es para desesperar de la acústica. Oír el *gamelang* javanés, la música tunecina, las castañuelas y panderetas españolas, la formidable orquesta anamita; ir de la guzla al *binïou*, de la viola al címbalo; someterse á todas las disonancias, á todos los maullidos, gritos y clamores que puede ofrecer la naturaleza con ayuda del arte, es ciertamente una bravura de oídos heroicos. Y tales son los oídos parisienses, á los cuales no se les podría argüir justamente de no oír más que una campana, de no oír más que un sonido.

Cuando este invierno se nos ofrezca música de Wagner nos parecerá insulsa. Aviso á los músicos que quieran verdaderamente inventar la música del porvenir.

Entretanto, la noche de esta fiesta pintorescamente musical ó musicalmente pintoresca, hacía yo memoria de mi país, allá hacia Badefols-d'Ans, bajo el sol poniente: recordaba el ruido discordante y monótono de los carros en el camino real, mientras en los campos, dando de mano á la labor, las segadoras en tiempo de la miés y los vendimiadores en el otoño cantaban la vieja canción cuyo ritmo entrecortado se esmalta de interminables y melancólicas pausas. Acaso las voces eran falsas y desentonadas, acaso estos músicos ingenuos gritaban á voz en cuello, pero tan lejos, todo se suavizaba en la calma de la tarde, todo tomaba la amplitud que da la naturaleza á las cosas que envuelve con su inmensidad. Así, pues, pensaba en las pintorescas canciones del país y concluía que todas estas músicas natales deberían oírse en su lugar de origen, en el seno mismo de los pueblos para los cuales se produjeron: el *binïou* en un villajo á orillas del tumultuoso Océano, la bombardas dominando con su tono sobreagudo el rumor del flujo; los tamboriles cerca de las azuladas olas del Mediterráneo; y así de las demás.

También el otro día, al pie del minarete que se eleva en la Argelia de la Explanada, escuché con verdadero placer la falsa voz del *muezzin* cantando la oración: estaba en carácter.

Bueno es añadir, para ser justos y equitativos, que el parisién no gusta de abandonar su ciudad para ir á informarse de los usos y costumbres de los pueblos lejanos, ni menos de las canciones que puedan entonar las gentes de las alturas ó las gentes de los llanos.



Mlle. Luisa, directora de las Damas húngaras.



Orquesta servia.

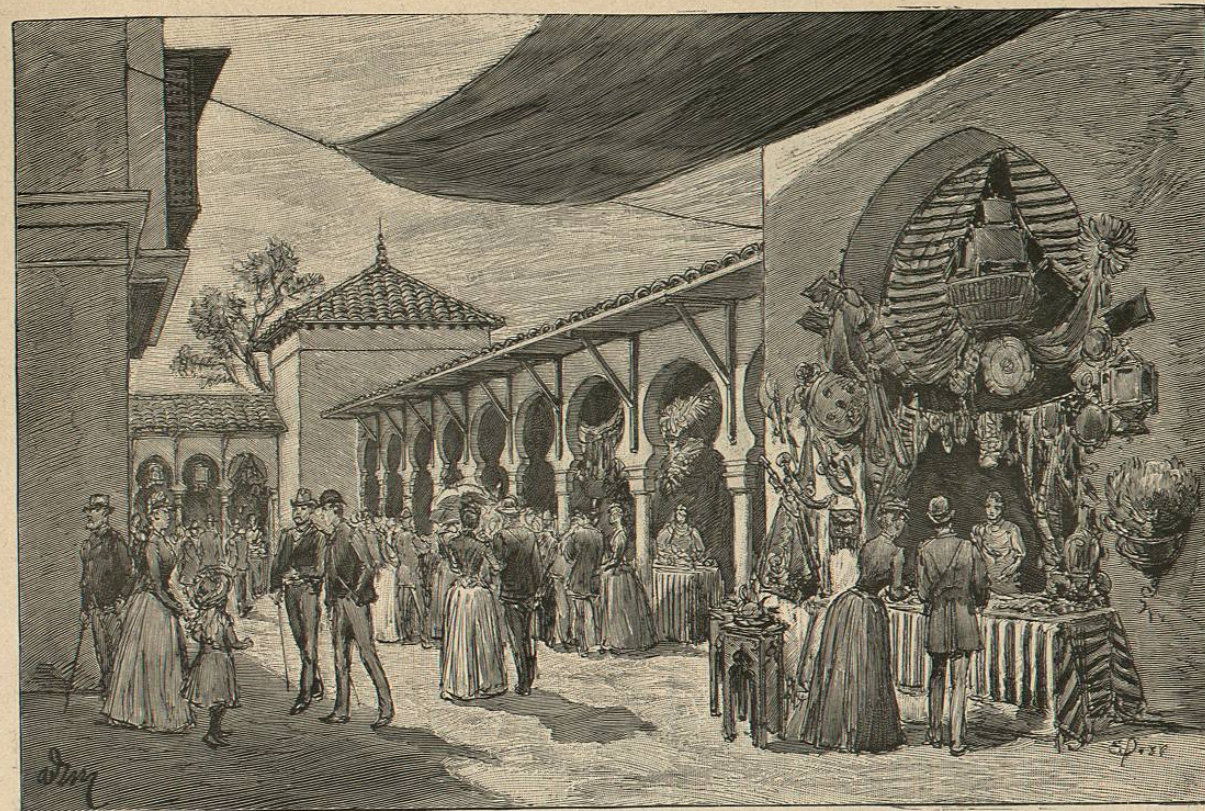
Prefieren leer á P. Loti ó á Eliseo Reclus á ir á ver por sus propios ojos y oír por sus propios oídos.

Así, pues, nada de extraño tiene que, sabiendo que no irían jamás á ella, haya ido á ellos la montaña. París hace aun milagros. Ha quedado, pues, en su divino papel diciendo un día: «Dejad que vengan á mí las pequeñas músicas.»

¡Y han venido! Han venido, no ya sólo las que se oían recientemente en el Trocadero, en la gran sala de los conciertos, en presencia del órgano inmenso reducido al silencio, no ya sólo los címbalos, tamboriles, siflas, *binious*, cornamusas, violas, flautines ó pitos, machetes y *tutti quanti* (tutti-pan-pan-quantí), sino también las músicas de la Explanada, los javaneses, los anamitas, y todavía, en el Campo de Marte, la música de los rumanos, la flauta de Pan, cuyo instrumentista pone en las estrellas sus sonidos sobregudos, semejantes á los gritos desesperados de una raza mucho tiempo esclava; y sobre todo, aquí ó allá, bien me comprendéis, acompañando la extraña danza del vientre, el fiero rascar que ataca los nervios y pone los pelos de punta, el fiero rascar ó serrar de los violines en que los moros lucen sus habilidades filarmónicas.

¡Ah! ¡las pequeñas músicas! Esto es lo que va á rehabilitar el órgano de Barberi... En fin...

EMILIO GOUDEAU



El bazar de Marruecos

## MARRUECOS

Está muy artísticamente compuesto el edificio, *dar* ó mezquita, que contiene los escasos productos de la industria marroquí, comprendiendo toda una serie de abigarradas construcciones, como son café, pabellones, galerías de arcos exagerados, al rededor de la calle del Cairo.

Esta mezquita, porque mezquita hay, se llama en lengua oficial el Pabellón imperial. Afecta la forma de un cubo coronado por una cúpula y blanqueado todo con cal. Un adoquín, en que se hubiera colocado media naranja, daría la reducción exactísima del monumento. La fachada es de bello aspecto con su gran puerta, sus dos ventanas de arco de herradura, las demás aberturas en forma de estrella que lo alumbran y las blancas y caladas almenas que ciñen su azotea.

Pasada la puerta aparece una especie de *loggia* cuyas paredes están revestidas de azulejos y cuyo plafón es verde y rojo recordando los colores del Profeta. En un ángulo está arrollada á su asta la roja bandera de Marruecos.

Penetremos en el santuario, es decir en la sala cuadrada que cobija la cúpula: cuatro paredes blancas y desnudas, y al rededor, en lo alto, á manera de friso, cuatro enormes inscripciones cúficas sacadas del Corán: «No hay nada por encima de Allah.»

Por desgracia, no podemos decir que no hay nada por encima de los productos industriales expuestos á nuestra vista. Estos productos, tanto más preciosos, cuanto más raros, prueban sin embargo que el trabajo no ha desaparecido aun completamente del extremo Magreb. A pesar de todo, pueden señalarse esos cinturones dorados sobre